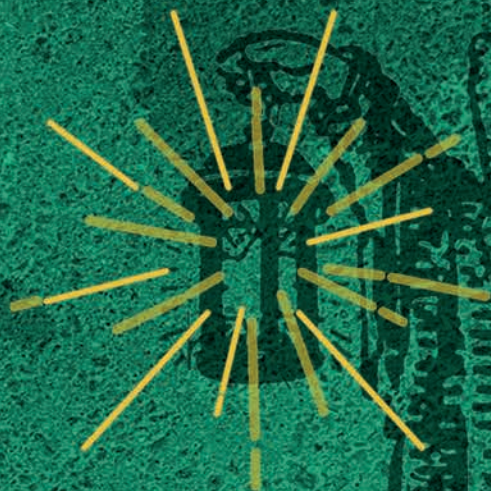




RACHEL
POLLACK
EL VIAJE
del TAROT

UN PASEO POR EL BOSQUE DE LAS ALMAS

DIANA

RACHEL POLLACK

EL VIAJE DEL TAROT

Un paseo por el bosque de las almas

Traducción de Victoria Simó Perales

Autoconocimiento

DIANA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Walk Through the Forest of Souls*

© Rachel Pollack, 2002, 2023

Esta edición se ha publicado con el acuerdo de Red Wheel / Weiser, a través de International Editors & Yáñez Co' S. L

© de la traducción, Victoria Simó Perales, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Diana es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.dianaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Imágenes de interior utilizadas con permiso y los créditos se pueden encontrar en las páginas 333-334.

Primera edición: octubre de 2024

Depósito legal: B. 14.120-2024

ISBN: 978-84-1119-178-4

Maquetación: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*



SUMARIO

Agradecimientos	15
Galería de citas	17
Introducción. El juego en los campos del tarot	25
1. Los mitos sobre el origen	35
2. Apostando con la Luna: adivinación y libertad	53
3. El instrumento de la propia sabiduría	67
4. Dos preguntas en una: una consulta sobre adivinación.	93
5. Algunas ideas de los judíos sobre el tarot	105
6. El tarot antes de la creación	125
7. La lectura de Dios.	153
8. Pascua de 2001: una lectura sobre la resurrección	175
9. Algunos pensamientos (y sueños) cabalísticos sobre el tarot	193
10. Cómo llegar a ser tarotista	213
11. La mujer con el camello	245
12. Abrir el corazón: un viaje a través del abismo	259
13. Un pequeño salto en compañía del Loco.	295
14. Un último juego: intercambiar los arcanos mayores	321
Mazos del tarot citados	333
Lecturas recomendadas.	335
Biografía de la autora.	339

Los mitos sobre el origen

¿De dónde procede el tarot? Da igual cómo abordemos el tema; tanto si nos sumergimos en sus misterios simbólicos, recitamos fórmulas de adivinación o jugamos con las láminas, no podemos obviar esa cuestión. Y tenemos multitud de repuestas. Tan pronto como nos internamos en el mundo del tarot, los relatos sobre sus orígenes revolotean en derredor como pajarillos inquietos. A continuación encontrarás algunos ejemplos:

- El tarot describe los mitos sagrados de los romaníes, que los ocultaron en las cartas cuando emigraron de la India —o de Egipto— o del espacio exterior (esta última posibilidad es defendida por muchos de los propios romaníes).
- El tarot es un juego de cartas del Renacimiento inspirado en los desfiles triunfales que se celebraban en carnaval.
- El tarot es un juego de cartas procedente de las procesiones anuales conocidas como triambos, en honor del dios Dioniso, creador del vino.
- El tarot oculta/revela las enseñanzas numéricas secretas de Pitágoras, un místico griego que vivió en tiempos de Moisés y que influyó en Platón.
- El tarot describe las enseñanzas orales secretas de Moisés, que las recibió directamente de Dios.

- El tarot alberga el conocimiento perdido de la Atlántida, el continente sumergido, que Platón fue el primero en describir.
- El tarot es un juego de cartas importado de Palestina y Egipto durante las cruzadas.
- El tarot es un vasto sistema memorístico del árbol de la vida, un diagrama de las leyes de la creación.
- El tarot esconde a plena vista la sabiduría del dios egipcio Thot, maestro de todo conocimiento.
- El tarot muestra las iniciaciones de los templos egipcios.
- El tarot muestra las iniciaciones de los templos tántricos.
- El tarot preserva la sabiduría de las brujas iniciadas en el culto a la Diosa durante los siglos largos y oscuros de la religión patriarcal.
- El tarot cartografía las fases de la luna según la astrología caldea.
- El tarot fue creado por los gremios papeleros que constituyeron los últimos reductos de los cátaros, cristianos considerados herejes por la Iglesia católica romana y que fueron reprimidos con brutalidad.

Los autores de libros sobre tarot han sostenido a lo largo del tiempo que todas las opciones anteriores y algunas más constituían los auténticos orígenes de las cartas.

El reconocido mitógrafo Joseph Campbell comentó en cierta ocasión que abundan en el mundo los relatos sobre la creación y que todos son falsos. Lo mismo podemos decir del tarot: abundan los relatos sobre sus orígenes y es probable que todos estén equivocados. Y están equivocados porque esos relatos presentan una idea atractiva como una verdad literal. Están equivocados porque necesitan de esa literalidad para transmitir que la idea es importante, y si alguien refutase de una vez por todas los relatos sobre el origen, perderían su capacidad para demostrar el significado y el valor del tarot. Sin embargo, si aprendemos a tomarnos esas historias como relatos míticos, no solo nos libramos de la necesidad de demos-

trar la veracidad de una historia frente a las demás, sino que seremos capaces de apreciar la verdad poética de todas ellas. Podremos maravillarnos ante esta obra prodigiosa, ante este grupo de setenta y ocho láminas que de un modo u otro se adaptan a tantas tradiciones espirituales e históricas distintas.

El origen secreto del tarot forma parte de su propia mitología. Uno de los aspectos más destacables de las cartas es la facilidad con que las personas conectaron con la idea en el momento en que se planteó y se han aferrado a ella con tenacidad desde entonces. Voy a contar una experiencia personal. Hace años, poco después de que se publicara la edición danesa de *Los setenta y ocho grados de sabiduría del tarot*, viajé a Dinamarca, donde dos emisoras de radio quisieron entrevistarme. La primera entrevista, en la radio nacional danesa, transcurrió sin problemas. Yo aguardaba la segunda con ilusión, pues era para un programa de estilo «nueva era» y pensé que tendría ocasión de hablar del tarot con cierta profundidad. Un día antes, el presentador me llamó para comentar los temas que íbamos a abordar. Cuando le dije que no creía que el tarot procediera de la Atlántida ni que lo hubieran creado maestros ocultistas disfrazándolo de juego, canceló mi participación en el programa.

Paradójicamente, aunque no es posible determinar el origen exacto de las cartas, sí podemos ubicar el nacimiento de la leyenda. En las décadas de 1770 y 1780, un hombre llamado Antoine Court de Gébelin publicó un tratado de esoterismo en nueve volúmenes titulado *Le monde primitif* [El mundo primitivo]. La misma idea de un ser humano primitivo constituye un mito en sí misma. En nuestra época, el término *primitivo* sugiere una persona sin formación, ignorante y salvaje. En la antigüedad significaba todo lo contrario. El mundo primitivo evocaba una era dorada en la cual las personas estaban en contacto con el mundo espiritual y vivían en perfecta armonía. El Jardín del Edén es una variante de ese mito.

Mientras escribía su obra, Court de Gébelin visitó a una amiga, madame la C. d'H., que le mostró la última novedad: un juego de

cartas italiano que se había puesto de moda en los países del sur, denominado *tarocchi* en Italia y *les tarots* en Francia. Court de Gébelin estuvo echando un vistazo a las llamativas láminas y experimentó una epifanía: el inocente juego de cartas era, en realidad, una obra maestra del ocultismo disfrazada. Lo llamó el Libro de Thot, un auténtico compendio de todo el conocimiento habido y por haber.

Thot es un dios egipcio, el maestro de la sabiduría por excelencia. Guiaba el barco de Ra, el dios del Sol, a través del cielo; inventó la momificación para resucitar a Osiris, que murió asesinado; ayudaba a juzgar las almas de los muertos en tránsito al más allá e incluso apostó con la Luna para añadir días al año (más sobre esa historia dentro de un rato). Los griegos relacionaron a Thot con Hermes, su dios de la magia, la medicina, la ciencia, el comercio y, no por casualidad, patrón de los embaucadores y los ladrones (cómo no amar una religión con un dios de los embaucadores).

Buena parte de la tradición esotérica surge de una oscura figura conocida como Hermes Trismegisto o «tres veces grande», considerado el autor de *La tabla esmeralda*, una obra creada en el Egipto helenístico durante los albores de la era cristiana. El mito de la tabla esmeralda afirma que «Hermes Trismegisto» era otro modo de referirse a Thot. No obstante, Antoine Court de Gébelin describió el tarot como una obra aún más intrínsecamente divina que la propia tabla esmeralda. Thot, afirmaba el ocultista, entregó láminas simbólicas a sus discípulos humanos y las disfrazó de juego para que pudieran pasar desapercibidas a lo largo de los siglos.

¡Qué idea tan maravillosa! Cuán increíble que esa inspiración momentánea calara en la imaginación de las gentes con tanta intensidad que su eco se ha proyectado hasta nuestros días. Court de Gébelin y sus nueve volúmenes habrían caído en el olvido hace mucho tiempo de no ser por un breve ensayo en el octavo volumen. La parte más sugerente del mito no fue, de hecho, la reivindicación de sus orígenes egipcios. Eso tan solo era un dato. La idea más importante, esa que arraigó tan a fondo que acabó marcando los relatos

posteriores sobre el origen de las cartas (al menos los relatos ocultistas), era la noción de que el tarot constituye la base de todo conocimiento, la llave de llaves o clavícula, como a veces la denominan los ocultistas. Dicho de otro modo, para Court de Gébelin y los estudiosos posteriores, el tarot abarca todos los sistemas de conocimiento. Resume la totalidad de los misterios y descubrimientos de los antiguos maestros. Si conocemos el tarot y lo comprendemos de la manera adecuada, accederemos a todo el saber. Cuando los intérpretes del tarot dicen que su origen no es egipcio sino hebreo, o que no es hebreo sino tántrico, caldeo, cristiano herético o wiccano, todos están compartiendo un mismo supuesto: sea cual sea su origen, el tarot alberga los secretos definitivos. Tal vez no se pongan de acuerdo acerca de las claves que contiene, pero nunca ponen en duda su sentido esotérico.

Si renunciamos a creer esas historias de manera literal, si aceptamos que hay muchas probabilidades de que el tarot naciera en el siglo xv como un juego de cartas popular, creado a partir de figuras alegóricas muy conocidas, ¿el mito pierde valor? ¿Podemos jugar con el mito en lugar de creer en él? Opino, al igual que muchos tarotistas modernos, que en realidad salimos ganando cuando consideramos que los múltiples orígenes del tarot son más leyenda que historia. Eso nos permite, para empezar, dejar de discutir y de esforzarnos por demostrar que nuestra versión acerca del origen es la correcta. En vez de eso, podemos contemplar la belleza sutil y las verdades internas de los múltiples sistemas esotéricos que se entrelazan con el tarot.

Una de las principales tradiciones contempla el tarot como una representación de la Cábala, que es un vasto sistema de ideas y prácticas del misticismo judío. Enseguida abordaremos el origen de esta tradición, pero de momento querría centrarme en una idea mitológica de los cabalistas que arroja luz sobre la cuestión de la creencia literal. Los cabalistas sostienen que el universo está formado por diez niveles de energía divina, conocidos como *sefirot* (la palabra guarda relación

con el término *zafiro*). Los seguidores de la Cábala representan las *sefirot* de maneras distintas, a veces como círculos concéntricos en torno a Dios, con el mundo físico en el círculo exterior; o, más habitualmente, distribuidas como pequeños círculos en un «árbol de la vida». En esta última representación, la energía más elevada se ubica en la *sefirá* superior, llamada Kéter (corona en hebreo), y el universo material, la Maljut (reino en hebreo), en la parte inferior. Cuando Dios creó a Adán, el primer ser humano, lo dotó de la capacidad de ver y comprender todos los niveles. Sin embargo, Adán contempló la belleza de la Maljut y cometió el error de confundirla con toda la creación. Con ese gesto Adán «pecó» y perdió la proximidad con Dios, llevándonos a todos consigo. O quizá nosotros hemos repetido el error cometido por Adán y, haciendo uso de nuestro libre albedrío, confundimos una y otra vez el mundo material con la totalidad de la existencia.

Considero que atribuir al tarot cierto origen concreto se parece un poco a cometer el gran error de Adán. La anécdota nos hipnotiza y perdemos de vista los niveles poéticos y lo que en verdad nos pueden enseñar. De manera parecida, si desdeñamos las afirmaciones precisas (si decimos no, el tarot no procede de Egipto, de la Atlántida o de los antiguos rabinos), cometemos el gran error de pensar que esas ideas carecen de importancia.

El vínculo del tarot con la Cábala también se remonta a *Le monde primitif* y a un tal conde de Mellet, autor de un ensayo que reafirmaba los comentarios de Court de Gébelin sobre el tarot. Court de Gébelin escribió: «La colección de XXI o XXII triunfos, las XXII letras del alfabeto egipcio compartidas por los hebreos y los orientales, y que también servían como numerales, es necesaria para llevar la cuenta de otras tantas regiones».*

Al contrario de lo que se suele pensar, los jeroglíficos egipcios constituyen un alfabeto y no pictogramas. Sin embargo, este alfabe-

* Citado en *A Wicked Pack of Cards*, de Decker, Depaulis y Dummett (Bristol Classical Press, Londres, 1996).



El Loco y los Enamorados del tarot de magia ceremonial.

to no consta de veintidós signos. Tampoco tenemos claro quiénes eran «los orientales». El alfabeto hebreo, por otro lado, sí está compuesto de veintidós letras, y la mística judía las considera la base misma de la existencia. Unen las emanaciones (*sefirot*) a través de veintidós caminos, cada uno dotado de la cualidad especial de una letra. Tal como afirmaba Court de Gébelin, las letras poseen un valor numérico, de modo que cada palabra se puede transformar en una cifra y es posible descubrir relaciones secretas entre parejas de palabras que comparten número (esta práctica se llama gematría). También podemos usar las letras para desplazarnos por los mundos místicos y ejecutar actos de magia empleando los nombres divinos y otras combinaciones de letras. Fue idea del conde de Mellet vincular cada triunfo del tarot con una letra hebrea en particular, de tal modo que las cartas aisladas albergarían los poderes mágicos de las letras.

La estudiosa y maestra de tarot Mary K. Greer sugiere una interesante revisión de los artículos de *Le monde primitif*. Tanto Court de Gébelin como De Mellet eran francmasones. A Greer le parece probable que los masones hubieran desarrollado una teoría esotérica del tarot a lo largo del tiempo y hubieran dado permiso a los dos escritores para hacerla pública (también le parece probable que el ensayo escrito por De Mellet se publicara antes que el otro). Madame de la C. d'H. tal vez fuera una tapadera. No obstante, aunque las especulaciones de Greer sean ciertas, eso no merma el importante impacto que la publicación tuvo en la historia del tarot.

Los místicos y los magos cristianos se interesaron en la Cábala en la misma época en que apareció el juego de cartas italiano conocido como *tarocchi*, por lo que no parece imposible que el tarot surgiera a partir de ideas cabalísticas (si bien los estudiosos modernos opinan que las cartas ya existían décadas antes del primer uso cristiano de la Cábala). Y las semejanzas estructurales son, de hecho, extraordinarias. El veintidós no es un número místico tan habitual como, pongamos, el veintiuno. (Los numerólogos se refieren

al veintiuno como cifra «maestra», seguramente por influencia cabalística). La Cábala describe cuatro mundos de la creación distintos, cada uno compuesto de diez *sefirot*. El tarot consta de cuatro palos, con cartas que van del as al diez. La Cábala también otorga mucha importancia al significado místico de las cuatro letras que conforman el nombre más sagrado de Dios: יהוה (a veces llamado Tetragrámaton). Por su parte, el tarot cuenta con cuatro cartas «cortesanas» en cada palo: sota, caballero, reina y rey. No es de extrañar que la idea arraigara con tanta fuerza.

En el siglo XIX, un mago y ocultista llamado Éliphas Lévi (originalmente, Alphonse Louis Constant) desarrolló con gran detalle el simbolismo cabalístico del tarot, en particular de las cartas de triunfo y sus letras hebreas. Al final de ese mismo siglo, un grupo rosacruz con un nombre maravilloso, la Orden Hermética de la Aurora Dorada, expandió y revisó el trabajo de Lévi para construir un universo mágico a partir de la Cábala, los rituales de iniciación, los dioses paganos, la filosofía hindú, la francmasonería y otras tradiciones ocultistas, la astrología, la alquimia y los nombres secretos. La clave de todo ello, la llave de llaves que permitiría a los adeptos (*adepto* era una palabra característica de la orden y los clasificaba en distintos grados) avanzar por esos mundos de consciencia y poderes mágicos era, cómo no, el tarot. Antoine Court de Gébelin lo había identificado con el Libro de Thot. Éliphas Lévi lo consideró la materialización de las letras hebreas. A la sazón, la Aurora Dorada hacía realidad esas ideas o, al menos, las convertía en un sistema estructurado.

¿Es importante que no existieran pruebas históricas del origen cabalístico ni, puestos a ello, egipcio del tarot? Lo es si necesitamos creer en la verdad literal del sistema mágico que estamos empleando. Entre los acólitos de la Aurora Dorada, había poetas, artistas, eruditos e incluso algún que otro científico. Para ser un grupo de personas tan inteligentes, pecaban de una credulidad considerable. Uno de los fundadores, Samuel Liddell MacGregor Mathers,

creó la baraja del tarot oficial del grupo, que presentaba algunas diferencias interesantes con las cartas tradicionales.

Al parecer, una tarde Mathers echó mano de un mazo de cartas en blanco, se encerró un rato en una habitación y salió con una baraja completa de naipes pintados. Eso bastó para convencer al grupo de que el mazo era fruto de la inspiración divina. Por lo visto, no se les ocurrió que Mathers (o seguramente su esposa, Moina, que era artista) pudo haber pintado las setenta y ocho láminas de la manera habitual y haberlas escondido en la habitación. Por otra parte, los fundadores de la Orden —Mathers, el doctor Wynn Westcott y el reverendo W. R. Woodman— construyeron todo el asunto sobre un fraude. Afirmaron haber recibido un «manuscrito cifrado» que incluía una página con información sobre una tal frau Sprengel, de Alemania, la persona que podía autorizarlos a iniciar en Inglaterra la rama de una sociedad secreta mística. Tras décadas de discusión, estudiosos como Israel Regardie (antiguo miembro de la Aurora Dorada) demostró que esa tal frau Sprengel nunca había existido. El propio Westcott había escrito ese documento tan importante. ¿Desacredita esa prueba a la Orden Hermética de la Aurora Dorada y su obra? La palabra *hermética* del nombre procede de Hermes Trismegisto, pero, en último término, procede de aquel dios griego de los embaucadores. Hermes habría aplaudido un chanchullo como ese. Puede que el gran éxito de la Orden se debiera en buena parte a la bendición del dios Hermes.

Nota: la historia que comparto a continuación procede de una edición anterior de este libro. Mi perrita, Wonder, ya ha fallecido. La echamos de menos. Era un alma especial y su recuerdo es una bendición.

Una anécdota personal: mientras estaba escribiendo los párrafos anteriores, mi perrita, que se llama Wonder, decidió mordisquear

una de mis barajas, algo que nunca había hecho hasta entonces (ni después). Para ello, tuvo que tirar las cartas de la mesa, extraer con los dientes el pañuelo de seda que las envolvía y esparcir las por el suelo. De hecho, tan solo mordisqueó una carta antes de volver a la habitación donde yo estaba sentada delante de mi escritorio. Cuando descubrí lo que había hecho (y me recuperé de la impresión), miré qué carta había destruido. El mazo no era del tarot, sino un oráculo de inspiración egipcia llamado el Libro de las Puertas, y la carta que Wonder había mordisqueado se llamaba Kerhet, en honor a una diosa egipcia de la iniciación secreta. Las iniciaciones secretas constituían el *modus operandi* de la Aurora Dorada.

Los autores de esa baraja, Anthon Veggi y Alison Davidson, comentan de esta carta que «el secreto requiere el juramento de guardar silencio, de mantener el acto creativo en secreto absoluto». La Aurora Dorada se tomó la idea tan en serio que sus miembros pronunciaban un juramento, con una espada en el hombro, por el que invitaban a los espíritus a fulminarlos si alguna vez revelaban algo al mundo exterior.

¿Acaso Hermes o, por usar el nombre egipcio, Thot estaba mostrando su rechazo a mi falta de respeto por las creencias de sus seguidores? ¿Me estaba lanzando una advertencia? Por mi parte, prefiero pensar que me gastó una broma. O quizá Thot estuviera dando el visto bueno a la divulgación, pues, a fin de cuentas, ahora que Wonder ha eliminado la carta del secreto, ya nunca podré sacar, por más que mezcle las cartas, «el juramento de guardar silencio».

El texto más importante de la Cábala, una obra llamada el Zohar que es el origen de buena parte de lo que vino después, se autodescribe como los textos de un rabino que vivió hace dos mil años llamado Simeon bar Yohai. Bar Yohai dictó el Zohar a su hijo a lo largo de los trece años que pasaron escondidos de los romanos en

una cueva, o eso cuenta la historia. El Zohar apareció en torno al año 1100, y fue un escritor español llamado Moisés de León quien lo dio a conocer. Más de ochocientos años después, en la década de 1930, un estudioso llamado Gershom Scholem demostró que el propio Moisés de León había escrito el Zohar.

¿Cometió fraude De León? ¿Necesitaban los cabalistas creer en la venerable antigüedad que el texto se atribuía para tomárselo en serio? David Rosenberg, un poeta contemporáneo cuya obra *El núcleo literario de la Cábala: los sueños sobre ser devorado vivo* ha ejercido gran influencia en este libro, sostiene que Moisés de León no fue el único autor del Zohar. Según Rosenberg, el autor español dirigió a un equipo de personas que trabajaron juntas en la redacción. La misma esposa del escritor afirmó que De León era el autor. Según el relato que yo he leído, alguien le preguntó tras la muerte de su marido: «¿Moisés escribió el Zohar?», a lo que ella respondió: «Sí, claro».

La anécdota sugiere que las gentes de la época sabían muy bien quién era el verdadero autor del Zohar y pasaron varias generaciones antes de que nadie sintiera la necesidad de tomarse el texto al pie de la letra.

Yo sugiero que abordemos el tarot con el mismo espíritu que el equipo de Moisés de León, que nos lo tomemos en serio sin otorgarle un valor literal, que juguemos con las ideas más arriesgadas poniendo en ello todo el corazón.

Voy a proponer un relato mítico sobre el origen del tarot. A diferencia de todas las historias sobre un pasado misterioso, esta habla del futuro. Para alejarme aún más de aquellas leyendas, no espero que nadie se lo tome con la máxima seriedad. Se trata de una estrategia para ampliar nuestra manera de abordar la realidad. ¿No es por eso, a fin de cuentas, por lo que muchas personas se acercan al tarot de buen comienzo?

¿Cómo sabemos que el tiempo funciona tal como siempre hemos pensado? Tenemos la sensación de que el tiempo avanza de

manera lineal, del pasado al futuro. Los acontecimientos del ayer, pensamos, originan el mañana. Yo existo porque mis padres se conocieron, se enamoraron y tuvieron relaciones. Su pasado suscitó mi presente. Es lo que nos dice el sentido común. Sin embargo, a veces el sentido es *común* porque todo el mundo piensa lo mismo. Durante muchos siglos las personas creyeron que la Tierra se encontraba en el centro de una serie de esferas concéntricas, básicamente porque era eso lo que veían y les parecía de sentido común. Pues claro que el Sol gira en torno a la Tierra: lo vemos a diario. Sale por el este, se desplaza por el cielo en forma del arco, se pone por el oeste y al día siguiente repite el movimiento. El Sol se mueve y nosotros permanecemos estáticos. Pasó mucho tiempo antes de que la gente aceptara la idea de que el Sol permanece en su sitio y la Tierra gira alrededor de él.

Fíjate en el lenguaje. Resulta complicado describir acontecimientos de un modo que no sea del pasado al futuro. Decimos que *antes* las personas creían que el Sol se movía y *luego* comprendieron que era la Tierra la que se desplazaba. Nuestro sentido común radica en parte en el lenguaje. El pasado es anterior porque genera el presente. Pero imagina que fuera a la inversa. ¿Y si nuestra existencia fuera el acontecimiento primario y el pasado fuera secundario? Podríamos decir, por ejemplo, que mi existencia presente se remonta hacia atrás en el tiempo y provoca la unión de mis padres para que me puedan engendrar. Y quizá las personas que estén leyendo este libro en el futuro sean la causa de que yo lo escriba.

¿Te estalla el cerebro? Imagina cómo se sintieron las personas del Renacimiento cuando los naturalistas les dijeron que el Sol no se mueve en realidad, que es la Tierra la que gira a su alrededor.

Hace mucho tiempo, los físicos repararon en una cualidad extraña de las ecuaciones que involucran un proceso temporal. Nada en esas ecuaciones implica un sentido concreto. Funcionan con la misma eficiencia del futuro al pasado que del pasado al futuro. La teoría cuántica (la rama de la física que investiga la conducta de las

partículas infinitesimales) ofrece una visión del tiempo aún más interesante. Los eventos ocurren en un proceso llamado «interpretación transaccional». Una onda se propaga desde el momento presente, el ahora. Y esa onda debe encontrar otra onda procedente del futuro con la que resonar. La interacción entre ambas genera un campo de probabilidad en el que se producen los acontecimientos. En cualquier momento, el futuro es tan real como el presente.

El futuro puede «originar» el pasado en la misma medida que el pasado genera el futuro. De hecho, ninguno de los dos genera al otro, sino que existen en una relación que se proyecta en muchos sentidos al mismo tiempo. Imagina una red con un gran número de puntos, todos conectados entre sí; ningún punto aislado es el origen o la causa primaria de los demás. Nuestra consciencia nos coloca en un punto y nos convence de que una sola línea procedente del pasado ha generado la situación actual. Pero eso podría ser una ilusión. El físico Louis de Broglie escribió que las partículas elementales a veces parecen surgir de la nada porque se mueven libremente por el espacio-tiempo, y es nuestra consciencia la que les presta existencia cuando alcanzan un punto determinado.

Si te parece complicado entender estas ideas, intenta experimentarlas como una especie de meditación. Sal a dar un paseo un día de buen tiempo (para que la lluvia o el viento no te distraigan). Cierra los ojos y trata de experimentar el momento presente, aquí y ahora. Luego intenta percibir cómo el pasado se propaga hacia atrás desde tu posición actual. Piensa en tus padres, en sus padres y en las personas que te han influido, en los acontecimientos que te han modelado e incluso te han creado, como el día que tus padres se conocieron, y piensa en algo más sutil, en aquel instante en que un amigo te mostró el tarot o la primera vez que leíste aquel libro o viste aquella película que te cambió la vida. Ahora prueba a notar una onda de igual tamaño que se propaga hacia el futuro, tan real como la que viaja al pasado. Piensa en los amigos en los que influirás, en los amores que pasarán por tu vida, en los hijos que tienes o que tendrás, en sus hijos y en los

hijos de sus hijos. El ahora se desplaza sin cesar y es distinto para cada persona, pero siempre contiene el pasado y el futuro, ambos quizá tan reales como el presente.

El poeta T. S. Eliot (cuyo gran poema, «La tierra baldía», me hizo interesarme por primera vez en el tarot) lo expresó en «Burnt Norton», de *Cuatro cuartetos*:

*El tiempo presente y el tiempo pasado
están quizá presentes los dos en el tiempo futuro
y el tiempo futuro, contenido en el tiempo pasado.*

La imagen de una red no implica que todo tiempo sea rígido e inamovible. Lo sería si la «red» fuera una estructura sólida. Pero si pensamos en sus muchos caminos como probabilidades o como simple energía, podemos adquirir un sentido de libertad mayor a la que nos otorga la perspectiva habitual del tiempo como un pasado fijo que determina un futuro probable. Todo el tiempo y todos los acontecimientos existen y se influyen mutuamente, pero ninguno nos controla.

Esta perspectiva del tiempo es un relato mítico, igual que aquel de las tres diosas, llamadas moiras, que hilaban el tejido de nuestras vidas y cortaban la hebra cuando nos llegaba la hora, o la idea medieval de que un alma separada del cuerpo recorre sucesivas escenas planetarias hasta encarnarse. ¿Podemos aceptar que nuestra perspectiva ordinaria del tiempo es también un mito y no una verdad absoluta?

Todo mito tiene su utilidad. El mito del tiempo como una red nos sirve para imaginar el origen del tarot. Supongamos que nuestras creencias colectivas sobre el tarot como llave de llaves —el «descubrimiento» de Antoine Court de Gébelin, la Aurora Dorada, el enfoque psicológico moderno de las cartas, las propuestas «futuras» de las que nada sabemos—, que todas esas ideas y utilidades, hubieran viajado de algún modo al pasado para dar a luz el tarot en

la Italia del Renacimiento. Cuando Court de Gébelin proclamó que el tarot era el Libro de Thot, la idea arraigó con fuerza porque «ya existía» en el futuro.

Nosotros, todos, hicimos que el tarot cobrara vida en la mente de sus creadores con una forma y estructura tan perfectas que podemos adaptarlas en nuestro tiempo a una serie casi infinita de ideas esotéricas, mitológicas y culturales. Mi amiga y colega tarotista Zoe Matoff señala que nuestras ideas sobre el tarot tal vez procedan de generaciones futuras. Quizá necesiten que creamos lo que creemos para poder desarrollar sus propias ideas. Sabemos (o creemos saber) de qué modo los pensamientos del pasado, como las ideas de la Aurora Dorada, han influido en las perspectivas actuales (podemos ajustarnos al pasado o rebelarnos contra él, pero en ambos casos reaccionamos a él). Pero tal vez el futuro influya en nosotros de maneras que no sabemos reconocer y es posible que ni el futuro ni el pasado sean el germen del otro, sino que el tiempo sea una red.

Contemplar el tiempo como un tejido que existe y está conectado en red abre nuevas perspectivas a la adivinación. Puede que leer el tarot nos ayude a atisbar una parte ligeramente mayor de la red que no vemos en circunstancias normales. En un momento determinado, la energía cambiante del pasado-presente-futuro crea un patrón inmenso, uno que contiene a la postre todo lo que existe. O quizá sea un patrón en potencia, eso que los físicos llaman una onda de probabilidades. Cuando barajamos las cartas (y por consiguiente renunciamos al control consciente de sus posiciones), les permitimos crear una pequeña imitación de ese otro patrón más grande. No controlan el destino ni muestran un sino inalterable. En lugar de eso, revelan posibilidades.

Stephen Karcher, que es experto en el *I Ching* y en el mundo de la adivinación, sostiene que la adivinación nos ayuda a actuar desde el libre albedrío porque nos desliga de la programación a la que hemos sido sometidos. ¿Sucede así porque incrementa nuestra consciencia y nos muestra posibilidades? ¿O acaso la adivinación

nos libera de algún modo primordial? ¿Sería posible que jugar con las cartas dilatase de hecho el destino y no solo lo revelase? ¿Puede una lectura cambiar la realidad?

Un mito egipcio sobre el calendario sugiere un modo insólito de contemplar lo que hacemos cuando mezclamos las cartas del tarot y hacemos una tirada. Incluye a nuestro buen amigo Thot, el dios de todas las cosas que merece la pena conocer y legendario inventor del tarot. He titulado la historia «Apostando con la Luna» y, como sucede con cualquier relato mítico, sus ecos se proyectan mucho más lejos que su significado literal. Hablaremos de ella en el siguiente capítulo.